

Notas sobre el relato latinoamericano contemporáneo: Bolton y los usos de la historia regional

Ignacio Sosa

Universidad Nacional Autónoma de México

En estas líneas se esbozan algunos rasgos del primer intento sistemático de realizar una historia regional de carácter hemisférico en el siglo XX; también se intentan explicar sus diferencias y desencuentros con el género de la historia nacional que se cultivó en los países que integran el Hemisferio Americano en el momento en el que emergió el paradigma de la regionalización propuesto por Herbert Eugene Bolton entre 1932 y 1945. El paradigma de Bolton se caracterizó por su explicación, en un ensayo seminal, de la historia americana como una unidad; no como el desarrollo de dos bloques, el anglosajón y el latino, antagónicos.¹ También se

¹ Con la voz América se describe, por una parte, un fenómeno geográfico de carácter continental y, por la otra, la primera experiencia política republicana del mundo moderno. Los Estados Unidos de América es el nombre oficial con el que se describe el novedoso proyecto que persiguió un nuevo orden político de carácter federal. Con la voz América se describe el ambicioso proyecto político que tuvo como objetivo liberar al hombre de la opresión. El doble significado de América permite entender la historia del continente como el proceso de diferenciación nacional del conjunto de países que surgieron al emanciparse de sus metrópolis europeas y, también, puede entenderse como un proceso de carácter unitario que supera las diferencias nacionales. En la historia regional de los países de herencia latina el énfasis se ha puesto en la diferencia con el mundo anglosajón; de ahí, los nombres de Hispano América, Latino América, Indo América. En la tradición historiográfica estadounidense que se comenta en estas líneas, el énfasis se puso en explicar la convergencia de los distintos procesos nacionales.; de ahí los términos Pan América; Américas; Hemisferio Americano.

caracterizó por explicar el común sentido de la historia de los países americanos, desde la Patagonia a El Labrador.² Para Bolton era evidente que no sólo por su pasado, sino por su porvenir compartido, existía un paralelismo entre el desarrollo de los países de tradición hispánica con el desarrollo ocurrido en la federación estadounidense.

Desde la perspectiva del interés de la historia conceptual por el desarrollo de las categorías nación y región, como categorías de análisis histórico aplicadas en el contexto latinoamericano, es conveniente realizar un ejercicio de conocimiento aplicado a la historia política hemisférica que sirva para ilustrar cómo, en ésta, la dimensión académica ha obedecido, en buena medida, a las directrices impuestas por los intereses políticos y económicos. Fueron éstos, no las decisiones autónomas de la academia, las que orientaron los campos de la investigación histórica tanto en las historias nacionales como en la incipiente historia regional y, por esta razón, el rezago en la definición de región que hoy, a ocho décadas de haber sido introducida por Herbert Eugene Bolton, en el campo de la historia síntesis todavía no se supera.³

² BOLTON, Herbert Eugene "The Epic of Greater America", *American Historical Review*, Vol. XXXVIII, No. 3, April, 1933, pp. 448-474. En el colofón de este texto, Bolton afirma: "A noted historian has written for us the *Epic of America*. We need an Adams to sketch the high lights and the significant developments of the Western Hemisphere as a whole. Perhaps the person who undertakes the task, as a guarantee of objectivity ought to be an inhabitant of the moon. But such a synthesis, done with similar brilliancy, would give us the *Epic of Greater America*".

³ "No es probable que el relato escueto de los sucesos, aun a escala mundial, ayude a entender mejor las fuerzas que actúan en el mundo de hoy día, a menos que nos demos cuenta al mismo tiempo de los cambios estructurales latentes en esos acontecimientos. Lo que necesitamos ante todo es un marco, una armazón y nuevos puntos de referencia [...]. Se trata de revisar a fondo toda la estructura de postulados y prejuicios en que estaba basada nuestra visión del mundo", BARRACLOUGH, Geoffrey, *Introducción a la Historia contemporánea*, Editorial Gredos, Madrid, 1985, p. 10. La edición original en idioma inglés corresponde al año de 1964.

El agitado contexto internacional de la primera mitad del siglo pasado; los cambios profundos que se dieron en el viejo orden liberal y las distintas propuestas de futuro del fascismo, del nazismo, repercutieron en el continente americano tal como se puede observar mediante el vínculo entre la Política de la Buena Vecindad y la Nueva Epopeya de las Américas desarrollada por Bolton. Ésta y aquella pretendían limar el filo de las peligrosas aristas que eran resultado de la confrontación entre añejos términos y visiones del pretérito. La carga emocional de unos y otros estaba asociada a los términos de la América Latina y de América Sajona. El mero uso de éstos remitía, inexorablemente, a una visión desarrollada para explicar el conflicto, no para su solución. Ambos términos tenían un uso político destinado a exaltar las diferencias y no las semejanzas de propósitos entre quienes promovían acuerdos comerciales y políticos en el marco de una realidad emergente caracterizada por el intento de dar una nueva organización al mundo. En el contexto europeo las nuevas fuerzas encarnaban en el autoritarismo del fascismo y del nazismo y, en el contexto asiático, el militarismo diseñaba un nuevo mapa en el que las metrópolis europeas estaban ausentes. En este contexto global era necesario ofrecer para América una nueva etapa de entendimiento entre países vecinos de los que, pese a ocupar un mismo Hemisferio, su historia daba cuenta de haber seguido derroteros antagónicos; por eso resultaba necesario que la comunidad hemisférica de historiadores desarrollara una visión basada en la convergencia, no en la divergencia. El principal animador de este proyecto inédito fue Herbert Eugene Bolton, cuya especialización en la historia de los territorios que se incorporaron a los Estados Unidos en etapa posterior a su independencia tenía las credenciales suficientes para que su voz fuera considerada como la de una autoridad en la materia.

El manejo que se hizo, durante la primera mitad del siglo XX, de las categorías de área, región cultural y región geográfica, muestra que los científicos sociales las entendieron de manera distinta a la de los historiadores. El uso de los antropólogos, geógrafos y economistas y el que realizaron los historiadores de la categoría región difiere en que los primeros la entendieron como una forma abstracta, supranacional, mientras los historiadores inmersos en el marco del Estado-Nación la concibieron como una realidad dada; además, le encontraron sentido como fenómeno intranacional; es decir, como espacio al interior del mencionado Estado-Nación. El diferente sentido muestra la dificultad de los historiadores por entender los desafíos que, en el presente, vive la historia, porque es en el marco de las organizaciones regionales, donde se definen la mayoría de las acciones políticas económicas más importantes.⁴ En el caso de la historia contemporánea, a

⁴ Cfr. KNIGHT, Alan, *La Revolución Cósmica. Utopías, regiones y resultados (México 1910-1940)*, México, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Cátedra Alfonso Reyes, 2013. Es de particular interés el apartado intitulado Nación, región y patria chica en la Revolución Mexicana. En este capítulo se puede observar como la categoría analítica de Revolución está siendo sometida por los propios historiadores a un proceso de descomposición de tal magnitud que, en los días que corren, el discurso de nación que articuló el análisis historiográfico de dicha revolución forma parte de los mitos de este proceso.

Otro texto que ilustra la presión a la que está sometida la historia nacional es MORALES MORENO, Luis Gerardo (coord.), *Historiografía, territorio y región*, Tomo I de la monumental obra: CRESPO, Horacio (dir.), *Historia de Morelos. Tierra, gente, tiempos del Sur*, H. Congreso del Estado de Morelos/Universidad Autónoma del estado de Morelos/Ayuntamiento de Cuernavaca/Instituto de Cultura de Morelos, Cuernavaca, 2011.

En los citados textos es evidente que en una mirada desde abajo, es decir, desde las regiones, el núcleo de lo que otrora se entendió como historia nacional está en crisis y que, metafóricamente hablando, la historia no gira más alrededor del núcleo nación, sino sobre las regiones y las localidades. La presión a la que en la actualidad está sometida la categoría espacial-histórica de nación es uno de los resultados del debate iniciado

partir de la década de los años sesenta del siglo XX, a muchos historiadores les resultó difícil eludir el compromiso político que impusieron los acontecimientos de la Guerra Fría y, en consecuencia, siguieron cultivando una visión del pasado que giraba alrededor de las premisas del Estado-Nación, es decir, soberano, indivisible, homogéneo y no de las premisas de la región que suponen soberanía limitada, reconocimiento de los derechos de las minorías, así como las diferencias culturales.⁵ Todos temas proscritos en el marco de las historias nacionales orientadas a la exaltación de individuos y fuerzas sociales que tuvieron la capacidad de imponer su visión como la única posible.

Las prevenciones metodológicas que los teóricos positivistas de la historia se habían encargado de desarrollar con mucho esfuerzo, mostraron su debilidad en las primeras décadas de la centuria pasada, cuando se produjo un desafío que alteró el orden internacional. En la década de los años veinte, el fascismo y, en la siguiente, el nazismo, enemigos tanto del liberalismo como del socialismo, impusieron un discurso en el que la lucha, la fuerza, era la solución para el conflicto. Una y otra, como binomio inseparable, fueron vistas como la solución a los problemas de la economía liberal y los de la economía estatal. La respuesta de las democracias al peligroso desafío marcó, por una parte, el ocaso de la visión centrada en la nación y, por la otra, el ascenso de la organización regional.

La reacción de muchos historiadores ante las tensiones de aquella sociedad en la que vivían fue de dos tipos. Unos se empeñaron en excluir de la historia el mundo de lo contemporáneo, lo que significaba ignorar la emergente organiza-

por la propuesta de Eugene Bolton, en la década de los años treinta, sobre la conveniencia de desarrollar una visión que trascendiera los marcos nacionales.

⁵ MORENO FRAGINALS, Manuel, "La historia como arma", en *Casa de las Américas*, Año VII, No. 40, Enero-Febrero 1967, La Habana, pp. 20-28.

ción mundial que requería de la historia regional como área de interés historiográfico; otros tomaron la bandera de Croce y afirmaron que toda la historia es contemporánea. Los argumentos de los primeros sobre el tiempo que debía transcurrir entre los acontecimientos y el presente para que éstos pudieran ser considerados “históricos” provienen de la reserva a las aristas que los profesionales tienen respecto a lo que en la década de los años sesenta del siglo XX se denominó “compromiso”; es decir, la ineludible responsabilidad de actuar para atender los problemas del presente.

Resulta hoy evidente, después de siete décadas, que el fin de la Segunda Guerra Mundial inauguró un nuevo período en la concepción de la historia, sus funciones y sus usos, en las actitudes de los historiadores en su trabajo.⁶ Es por ello conveniente revisar cuáles fueron los supuestos con los que surgió la visión de una historia regional americana, en el contexto en el que la hegemonía estadounidense era desafiada, no por amenazas externas, ya mencionadas, representadas por el fascismo, el nazismo o el socialismo, sino por sus contradicciones internas originadas por una economía orientada al beneficio individual y enemiga de la seguridad social. Ese es el momento que la historiografía recoge como la crisis del ‘29 que tantas repercusiones tuvo en ambos lados del Atlántico.

La atmósfera de pesimismo que prevalecía en esos años explica la necesidad de contar en ese momento con un rela-

⁶ BARRACLOUGH Geoffrey, “Historia”, en FREEDMAN, Maurice, Sigfried J. de LAET y Geoffrey BARRACLOUGH, *Corrientes de la investigación en las Ciencias Sociales*, Tomo 2, *Antropología, Arqueología, Historia*, Tecnos-Unesco, Madrid, 1981, p. 294. Otros textos del mismo autor: BARRACLOUGH Geoffrey, *La historia desde el mundo actual*, Revista de Occidente, Madrid, 1957 y BARRACLOUGH Geoffrey, “La pugna por el Tercer Mundo”, en *Revista de Occidente*, No 1, 1980, Madrid, pp. 25-42. También resulta útil CHAUNU, Pierre, *El rechazo de la vida. Análisis histórico del presente*, Espasa-Calpe, Colección Boreal 14, Madrid, 1978.

to en el que la expansión, no la contracción; la gesta, no el acontecimiento cotidiano; la esperanza, no la desesperanza, fueran los elementos a desarrollar. No es casual que en 1932, durante la reunión anual de la Asociación Histórica Americana, de la cual Herbert Eugene Bolton era el presidente, pronunciara su conocido discurso intitulado “La épica de la Gran América”. Con él marcó un hito significativo, porque estableció como campo de estudio de la comunidad académica, en primer lugar, la presencia e influencia, en suelo estadounidense, de tradiciones distintas a la anglosajona y, en segundo lugar, la actualización de la influyente tesis de su maestro Frederick Jackson Turner sobre el papel de la frontera en la historia americana. Significó, además, el establecimiento de un puente que unía la historia de los Estados Unidos y una gran parte de “otras” Américas: la Hispana y la Francesa.⁷ Asimismo mostró a los herederos de Ranke que la historia ya no era sólo un asunto que pudiera manejarse entre germanos, latinos y anglosajones, sino que el estudio debía extenderse a espacios extra-europeos y debía incorporar a sus preocupaciones realidades distintas, como las representadas por las distintas visiones e interpretaciones de América

A inicios de la década de los años veinte el impacto de la tesis de Herbert Eugene Bolton fue sobre la comunidad académica de su país por haber sido el primer historiador que intentó realizar una síntesis de la historia de los Estados

⁷ Cfr. BOLTON, Eugene Herbert, *Guide to Materials for the History of the United States in the Principal Archives of Mexico*, Carnegie Institution of Washington, Publication No. 163, Papers of the Department of Historical research, Washington D.C., 1913, 553 pp., así como su texto de publicación ulterior, BOLTON, Eugene Herbert, *Athanasie de Mézières and the Louisiana-Texas Frontier, 1768-1780. Documents Pub. for the First Time, from the Original Spanish and French Manuscripts, Chiefly in the Archives of Mexico and Spain*, Arthur H. Clark Company, Cleveland, 1914.

Unidos no como una nación *wasp* (White, Anglosaxon, Protestant) sino como nación resultado de territorios ocupados por distintas metrópolis, básicamente la inglesa, la española y la francesa que impusieron su sello a las partes que componen la nación estadounidense. Una década después, su nueva tesis, “La épica de la Gran América”, fue la primera clarinada académica que anunció a los historiadores latinoamericanos que las fronteras entre sus países no se entendían del mismo modo en la América anglosajona y en la América Latina. Mientras que en ésta los historiadores las consideraban inalterables y casi infranqueables, la narrativa de la épica de la Gran América mostraba que las fronteras nacionales podían modificarse por la voluntad de los hombres que veían por encima de ellas al anhelar un horizonte ilimitado.

En el contexto de la década de los años treinta el sentido original de la voz América se modificó. El sentido primero estaba asociado al momento de fines del siglo XVIII en el que los Estados Unidos eran el único país republicano del mundo y cuyo programa democrático era considerado antagónico con el de las autoritarias monarquías que gobernaban Europa; mientras que la voz Américas correspondía al momento en el que los Estados Unidos había dilatado sus fronteras originales y las había extendido hasta alcanzar la costa del Pacífico y, no sólo eso, la pujanza del país lo había convertido a principios del siglo XX en la única potencia hemisférica. De ahí que la voz, plural, de Américas sirviera para designar, indistintamente, el proceso seguido por los Estados Unidos desde su independencia y el proceso de dimensión continental.

La visión de Bolton de unos Estados Unidos como resultado de varias influencias, no sólo de la anglosajona, le permitió integrar a la historia de su país los aportes del imperio español en los territorios de Nuevo México, Arizona, Nevada, California y Texas, y los del imperio francés en la Luisiana y Florida. Esta manera de comprender la historia de los

Estados Unidos la extendió Bolton a la historia del resto de América cuando propuso la categoría Américas para cubrir la historia de todos los países de la región; con la incorporación de Brasil, la tradición portuguesa enriqueció la herencia común del continente americano.

La visión propuesta por Bolton representó un salto historiográfico porque la visión previa, parroquial, centrada en la historia de las Trece Colonias, quedó en el pasado al superar la etapa de un tipo de historia centrada en el propio país y no poder, de esa manera, generar ningún proyecto que la vinculara, en forma simultánea, con el pasado europeo y el de la América Ibérica. Hasta la década de los años treinta las ideas sobre su Destino Manifiesto y la singularidad de su proceso como la primera nación moderna prevalecían sobre cualquier otra; esta provinciana, aunque sugerente visión de la nación mostraba lo parroquial del trabajo de los historiadores que estaban alejados de una visión sobre la historia de las regiones que componían la América; en particular la región del Caribe que desde fines del siglo XIX y las tres primeras décadas del siglo XX había sido conformada, en buena medida, por los inversionistas y las cañoneras estadounidenses, no por sus académicos. La presencia de enérgicos negociantes y de agresivos militares fue la que permitió que el Caribe se convirtiera en el *mare nostrum* de los Estados Unidos.

La presencia militar y política en este espacio determinó el derrotero político y económico de esa región; los historiadores de la época, con notables excepciones, poco se interesaban en analizar las consecuencias del proceso en el que la historia de la América anglosajona se cruzó entre 1898 y 1929 con la de los países de la América española y con Haití, cuyo desarrollo obedeció a la dinámica impuesta por Francia. El encargado de realizar el proyecto que, por vez primera, ofreciera la primera historia de dimensión regional fue H. E. Bolton, quien fue el responsable de dar

sentido histórico a la política del presidente Franklin Delano Roosevelt que requería para el *New Deal* de una nueva interpretación que diera sentido al derrotero de la Política de la Buena Vecindad. Era necesario que las políticas del Gran Garrote y la de la Danza de los Millones, con su brutal intervencionismo, no siguieran siendo un obstáculo para la organización regional. La nueva visión, sostén de la política de la Buena Vecindad, correspondió al del magno proyecto La epopeya de las Américas, que el propio Bolton desarrolló y al que dedicó su esfuerzo.

El conjunto de las explicaciones de Bolton adquiere su correcta dimensión por el conocimiento, poco común entre los historiadores estadounidenses y latinoamericanos de aquella época, que tenía de la historia de su propio país y la historia de México y Centroamérica. Tal conocimiento le permitió proponer un proyecto, de carácter comparativo, sobre el derrotero seguido por los países americanos a partir de sus respectivas independencias. Su ambiciosa propuesta se inscribió en el género de la historia que, en aquellos días, se llamaba Historia síntesis y a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial se empezó a denominar historia regional.

De la Epopeya de América a la Epopeya de la Gran América

En el sustantivo texto de la Epopeya de la Gran América, la visión que se ofreció del pasado colonial era de exaltación, a diferencia de la visión liberal-nacional que lo identificaba con la opresión, el fanatismo y la servidumbre. La tarea evangelizadora realizada durante el proceso de colonización fue entendida como parte de la grandeza del mundo hispánico. A esto debe añadirse que, pese a los arrebatos sobre la importancia del pasado colonial para la unidad americana, ésta se encontraba más en el futuro que en el pasado común. En la visión que tuvo Bolton de la colonia, su punto de par-

tida para entender la historia común, no se subrayaban las diferencias entre las partes que componían las Américas. Así, afirmó que durante unos trescientos años todo el Hemisferio Occidental había vivido un proceso similar y, por eso, las similitudes en los sistemas coloniales eran más notables que las diferencias y, más importante todavía, la similitud de propósitos identificaba los desarrollos nacionales:

En la mitad de siglo transcurrida desde 1776 hasta 1826, prácticamente toda la América del Sur y las dos terceras partes de la América del Norte se independizaron políticamente de Europa, y de ellas surgió una serie de naciones. Con el tiempo, todo el Hemisferio Occidental, salvo algunas excepciones, ha logrado una nacionalidad independiente. Desde que se separaron de Europa, todas estas naciones han luchado por la solidaridad nacional, la estabilidad política y el bienestar económico, por un lado, y por un ajuste satisfactorio de las relaciones entre ellas y el resto del mundo, por el otro lado.⁸

El célebre discípulo del afamadísimo John Frederick Turner, expresó así su objetivo:

Tengo la intención de poner de manifiesto, a grandes rasgos, el hecho de que se trata de fases comunes a la mayor parte del Hemisferio Occidental, que cada historia local tendrá un significado más claro si se estudia a la luz de las otras; y *que mucho de lo que se ha escrito acerca de cada historia nacional no es más que una muestra de una pieza más grande.*⁹

De esta manera, la propuesta de Bolton fue, desde el inicio, un proyecto de carácter colectivo e internacional que requería la contribución de todos y cada uno de los países de

⁸ BOLTON Herbert E, "La Epopeya de la Gran América", en HANKE Lewis (ed.), *¿Tienen las Américas una historia común? Una crítica a la teoría de Bolton*, Diana, México, 1966, p. 74. La primera publicación del artículo, queda dicho, fue en el año 1933.

⁹ *Ibíd.*, el subrayado es mío I.S.A.

la región. Sólo de esta manera se podía ofrecer un mosaico de carácter comparativo mediante el cual se podía apreciar el sentido de la historia americana.

Es de advertir que la propuesta de Bolton puede ser vista, por una parte, como la preocupación de un historiador interesado en superar el formato tradicional de una historia encerrada en las fronteras nacionales y, por la otra, como un proyecto con inequívocas intenciones geopolíticas. Cada una de estas perspectivas plantea problemas distintos. En el primer caso, a nadie escapa, por el contexto en el que se desarrollaron las distintas etapas del proyecto, que si bien éste fue un hito que sirve para ilustrar los problemas que ofrece el intentar una visión de carácter hemisférico ello no significa que la academia estadounidense desarrolló los argumentos que se requerían para explicar la nueva interpretación del pasado de una potencia, los Estados Unidos, que en esos años, se transformaron de potencia regional en potencia global. En el segundo caso, el del interés geopolítico, el problema se refiere a los usos políticos de las categorías unidad y diversidad. El significado de esta dupla, como se verá, está en el centro del debate historiográfico regional.

El ambicioso proyecto de Bolton requería de numerosos recursos económicos que fueron brindados por el gobierno de los Estados Unidos. Éste recogió la iniciativa que, con la colaboración de cada una de las Academias Nacionales de Historia de los países latinoamericanos permitiría proponer para toda América una visión conjunta, apegada a su tradición de considerar el Hemisferio Americano como un continente vocado para la libertad y la democracia. Con el nombre de Américas, se ofreció una visión que permitiría unificar las evidentes diferencias históricas y culturales de los países anglosajones y los países latinos, en un proyecto de carácter compartido.

Antes de desarrollar el tema del significado actual de la propuesta de la propuesta de Bolton, es conveniente men-

cionar los desafíos que, para el género de la historia nacional, tuvo su propuesta de historia regional.

*La historiografía regional y sus diferencias
con la historiografía nacional*

El eje sobre el que gira la historiografía nacional es el de la soberanía, por lo que las acciones orientadas a establecerla y defenderla siguen de cerca a la confrontación. Su obsesión es el poder por encima de cualquier otro. Los desafíos a éste son explicados en función de las categorías de amigo y enemigo; no existen término medio entre ambas.

Su visión del mundo es la de un conjunto de naciones obligadas a luchar entre sí, a desarrollar una lucha permanente por la necesidad de extender su influencia y por la obvia resistencia de otras.

La historiografía regional, en cambio, realiza un esfuerzo para explicar la confrontación, no como una necesidad resultado de la fatalidad, sino como producto de una visión limitada, poco atenta a la dinámica de un mundo en transformación.

La historia regional, parte sustantiva de la historia mundial contemporánea apuntada en la cita de Barraclough, comprende problemas distintos a los que analiza la historia nacional. Entre los problemas que atiende se encuentra la vieja discusión sobre la relación entre lo individual, lo concreto singular y lo general; el paso de lo concreto a lo general. La necesidad de encontrar una explicación de carácter general a los problemas de las sociedades que componen la región es la que conduce a la búsqueda de una propuesta que trascienda las experiencias nacionales para entenderlas, de una nueva manera, en el contexto regional.

La historia de la región simboliza una percepción del conjunto de los países que la componen y de las relaciones que

guardan entre sí. Uno de los principales problemas que aborda es el de la unidad y la diversidad. Otro, es el de la tensión que se deriva de la confrontación de dos visiones que, teórica y prácticamente, son antagónicas; la primera, aborda la singularidad del Estado-Nación, es decir, la soberanía absoluta mientras que la segunda aborda los problemas que se derivan de la interdependencia; en otras palabras, de la limitación voluntaria o forzada de la soberanía.

La historia de la región privilegia el estudio de las políticas que promueven y aceleran la interdependencia; por su parte, la historia de la nación enfatiza los esfuerzos para defender y preservar la autonomía. En realidad, si bien una sola es la historia, dos son los acercamientos a ella. El primero, el ya citado de Barraclough que expresa la visión contemporánea y, el segundo, el que expresó Ranke en el siglo XIX. Para el padre de la historia científica “El orgullo de una nación no puede conocer satisfacción mayor que la de saber que no hay, sobre la tierra, ningún otro poder por encima de ella”. Las posturas de ambos autores sirven para mostrar que, en el contexto de la historia regional, los objetivos de la integración y los de la autodeterminación son contradictorios y, por eso, el conflicto se hace aparecer como inevitable.

La historia regional latinoamericana, como ya lo han advertido diversos autores, es más que un mero problema de sumar, o de alinear las historias nacionales para que el lector realice, a su leal saber y entender, la tarea de síntesis. A la forma de entender la historia regional como una suma, se le agrega generalmente la idea de que el pasado condiciona el futuro, argumento éste que conduce a la peregrina idea de que al proceso de integración, fenómeno contemporáneo, se le buscan explicaciones, así se les llame raíces, en el pasado. Esta errónea postura ha servido para que, entre nosotros, se busquen en Bolívar y en la Católica Monarquía los antecedentes de un fenómeno cuyas características no tienen relación alguna con el fenómeno de la integración tal como éste

se entiende ahora. La historia de la integración, como necesidad del presente, en todo caso pudiera mencionar a esos y otros remotos antecedentes, como parangón, como comparación, sin encontrar entre éstos y el fenómeno contemporáneo la relación causal que requiere toda historia.

La visión que del pasado ofrece la historia regional, requiere de un ejercicio continuo entre la teoría de la nación y la de región; el de la unidad entendida como generalización y el análisis concreto, particular. Esto no significa que uno de los dos enfoques tenga que ser preeminente; ya que uno no se entiende sin el otro, ambos son complementarios.

La dilatada sombra de Bolton

Tres son los problemas que, en mi opinión, marcaron el derrotero de la historia regional en nuestro medio y que pueden servir como guías para mostrar cuáles han sido los logros y las carencias de la historia regional a lo largo de ochenta años. Por razones de espacio aquí sólo se mencionan, no se desarrollan. El primer problema se condensa en la pregunta sobre cómo integrar la historia de la nación con la de la región; la interrogante se resolvió por la historiografía especializada mediante las categorías de unidad y diversidad. Esto es, la región fue entendida como la necesaria unidad, la fuerza centrípeta que aglutinaba la diversidad, la fuerza centrífuga de cada una de las naciones. La región se consideró como el espacio donde se producía la convergencia y, desde esta perspectiva, las historias nacionales se consideraron en conjunto, como parte de un sistema y ya no como entidades sostenidas sobre sí mismas. El espacio regional se consideró como un ámbito de convergencia. Resolver el segundo problema resultó más problemático, porque las historias nacionales ponían énfasis en la soberanía, mientras la región, dicho en buen romance, trata de los

límites de la misma. El tercer problema surgió al comparar el discurso anglosajón de unidad panamericana con una práctica inflexible de defensa de intereses privados sobre los intereses públicos, como un proceso de convergencia y no de antagonismo. Dicho de otra manera, integrar dos procesos antagónicos como los representados por los Estados Unidos y los países de la América Latina sólo fue posible por la necesidad estadounidense de contar con aliados en la lucha contra los países del Eje.

El trabajo, pionero, de los historiadores como Herbert Eugene Bolton y de Edmundo O'Gorman así como el de otros distinguidos autores que hicieron de la región su objeto de estudio, de una manera u otra ofrecen una respuesta a las tres preguntas formuladas. En las distintas etapas en que se puede dividir la historiografía regional, la Epopeya de la Gran América, el Programa de Historia de América y la actualmente en curso las tres preguntas mencionadas vertebran los enfoques de los investigadores. En la primera, la figura señera fue la de Herbert Eugene Bolton, con su proyecto, la epopeya de América, la historia común de las Américas. La antítesis a la propuesta de Bolton la expresó don Edmundo O'Gorman, en su texto *Fundamentos de la historia de América* publicado en 1947. En la segunda etapa, un esfuerzo que se inicia en forma coincidente con la Guerra Fría y que marcó el tránsito de los Estados Unidos de potencia regional a potencia mundial, se sistematizó en el texto de Lewis Hanke *¿Tienen las Américas una historia común? Una crítica de la teoría de Bolton* de 1963. En esta segunda etapa la antítesis la representó Tulio Halperin Donghi a través de su popular texto *Historia contemporánea de América Latina* publicado en 1969. En la tercera etapa, actualmente en curso con el proceso de globalización, vuelve a plantearse el problema de la historia común entre los países de todo el continente y guarda una estrecha relación con el complejo proceso que se inicia con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte en 1994.

El análisis de la propuesta de Bolton resulta necesario, en el contexto actual, porque en los días que corren la organización internacional y la perspectiva global que la acompaña permanentemente se basa menos en las entidades estatales autónomas, las naciones, que en entidades de carácter internacional, por ejemplo la *troika*, que influyen en aquellas. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial y, más específicamente, en los últimos cuarenta años se han podido observar transformaciones que han generado cambios en nuestra visión del mundo en la que predominaba el fenómeno del Estado Nación y, por ello, se hace necesaria una reflexión sobre la historia regional y las dificultades que ésta tiene para conciliarla con las historias nacionales. La multiplicidad, profundidad y velocidad de estos cambios se puede sintetizar en el tránsito de la regionalización a la globalización.

En las últimas cuatro décadas, durante las cuales el paradigma de Bolton fue obviado por el discurso de confrontación imperante durante la Guerra Fría, la región fue entendida como categoría de análisis, no como realidad geopolítica, tres fueron las visiones antagónicas sobre las que se debatió en el ámbito continental. La primera, la de quienes propusieron la modernización, entendida como el conjunto de medidas que presentaron los países occidentales metropolitanos y los organismos internacionales para los países que esta misma teoría definía como atrasados. La segunda visión, corresponde a la de quienes eran partidarios de un cambio que adoptara la estructura de los países socialistas como condición para superar el atraso y, por último, la de aquellos que proponían un modelo nacional de desarrollo, alejado de las visiones internacionales del liberalismo y del marxismo, que consideraban a la nación como una construcción ideológica de los sectores tradicionalistas, retardatarios. Hoy, a un cuarto de siglo del fin de la Guerra Fría, derrotadas las visiones que sostenían los socialistas y los nacionalistas, el debate que en el campo de la historiografía se

produce entre los partidarios de la globalización liberal para los que las interpretaciones basadas en la categoría de soberanía son un obstáculo y quienes postulan un modelo alternativo, la idea del Estado-Nación y de su historia persiste pese a que la visión de una historia centrada en lo nacional corresponde a una etapa, pretérita, que remite a problemas y propuestas que no explican el momento actual.

En este contexto resulta evidente que cada una de las tres visiones descansa en una interpretación diferente del pasado. Es conveniente preguntarse cuál es la visión del pretérito de los dos modelos que ahora se enfrentan. Lo común de las tres visiones mencionadas era la aspiración compartida de ofrecer una versión única del pasado; ésta ha sido uno de los objetivos de la historia desde que se convirtió en un asunto que estudia la voluntad y los intereses de los hombres mismos, no la de designios divinos. El ideal de la versión única, en términos historiográficos, es el de objetividad que, de acuerdo a las instrucciones que Lord Acton giró a sus colaboradores de la *Historia del Mundo Moderno* de Cambridge debían aspirar a ofrecer una interpretación que pudiera satisfacer, por igual, a franceses, ingleses, rusos, austríacos, es decir, a los hombres que se enfrentaron entre sí durante el siglo XIX. ¿Cómo entender la objetividad cuando se trata de intereses en pugna? ¿Cómo entender la propuesta de Bolton, sino como una propuesta de solución para superar los problemas del intervencionismo estadounidense en los países de la región Circuncaribe?

En el terreno de la historia del Hemisferio Americano la pugna de las visiones confrontadas ha sido tema recurrente en las historiografías nacionales, tal como ocurrió durante los casi treinta años en los que la política exterior de los Estados Unidos se definió por el uso de la fuerza para resolver los conflictos. Así lo demuestran las sucesivas políticas del Gran Garrote y la Danza de los Millones que dieron lugar a un intervencionismo sistemático desde 1898 hasta 1927. La

crisis económica de 1929 mostró la necesidad de buscar una salida para resolver por una vía que no fuera la de la fuerza los problemas entre latinos y sajones del continente americano. Para el nuevo gobierno de los Estados Unidos, en particular para Franklin Delano Roosevelt, su presidente electo en 1932, la etapa de confrontación en la historia política de la región latinoamericana y los Estados Unidos, como ya se comentó, debía superarse mediante una nueva visión que entendiera que la trama para la acción de los personajes, pueblos y las naciones no era el conflicto entre naciones sino el entendimiento entre las mismas. La nueva visión no podía tener otro sustento que el que le ofrecieran los historiadores con visión de futuro; no de historiadores anclados en un pasado nacional de carácter estático.

Unidad y diversidad en la Historia regional americana

La dilatada influencia que ejerció la propuesta de Bolton se puede advertir en tres réplicas que corresponden a tres momentos distintos. La primera réplica de don Edmundo O'Gorman quien, en dos oportunidades distintas, se refirió a ella. Ya en 1939 había dicho:

[...] me parece que el profesor Bolton tiene demasiada fe en su teoría de una Gran América, máxime cuando no ha podido encontrarse una unidad esencial de las Américas que justifique esa creencia". Para el distinguido historiador mexicano: "esa unidad no puede encontrarse ya en la historia, porque está más allá y encima de la historia del hombre, es la unidad geográfica de la cual ningún hombre es responsable; y sin el concepto de responsabilidad y de un objetivo definitivo, la cultura no puede existir y la historia tampoco".¹⁰

¹⁰ O'GORMAN, Edmundo, "Hegel y el moderno panamericanismo", en *Letras de México*, vol. II, núm. 8, agosto de 1939, publicado antes en la *Revista de la Universidad de La Habana*, IV, núm. 22, 1939.

Después, O'Gorman, arremetió contra las tesis de Bolton al señalar que éste no había podido demostrar la unidad cultural de las Américas y, para finalizar su crítica, sostuvo la que fue su idea fundamental a lo largo de los años:

Vamos a desechar todas las ficciones acerca de la individualidad histórica de América. Desde el siglo XVI, la suerte del Nuevo Mundo ha estado inextricablemente vinculada a la de la cultura occidental, que en esa época ya en estado penoso de desintegración que ahora se ha agudizado. Este vínculo entre los dos era místico, "para bien o para mal" y no es posible retroceder. Ningún lazo es más fundamental en América que el que se deriva de una cultura compartida con Europa y que nace de unos cuantos principios esenciales.¹¹

En un texto que, en mi opinión contiene una segunda parte de su crítica a Bolton, O'Gorman, apuntó "La consideración fundamental y más fecunda para aproximarnos a la realidad del mundo americano, y por lo tanto a su presente, es la que se enuncia en la idea de la incorporación de América a la Cultura Occidental." Para O'Gorman era necesario "revisar y replantear los grandes temas de nuestra historia, entre los cuales, sin duda, el más importante y amplio es de cómo entra América a formar parte constitutiva de la cultura y la vida europea." Don Edmundo apuntaba allí que "las conexiones con el Viejo Mundo se han buscado desde el punto de vista de 'antecedentes' o de 'explicaciones' causales. Pero, precisamente, esa manera de enfocar la vinculación con Europa, presupone la independencia histórica de los dos mundos, violando así, desde el principio y de modo inconsciente, su esencial unidad."¹² Con este argumento resulta

¹¹ O'GORMAN, Edmundo, "¿Tienen las Américas una historia común?", en *Filosofía y Letras*, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, Vol. III, Núm. 6, Abril-Junio 1942. También en HANKE, *¿Tienen?*, 1966, p. 120.

¹² O'GORMAN, Edmundo, *Fundamentos para la historia de América*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1942, p. IX.

evidente que la idea de Hemisferio Americano como unidad independiente y antagonica de Europa resultaba inconsistente para O'Gorman. Por último, al bregar éste por la esencial unidad europea-americana rechazó la originalidad de la cultura americana, así como la afirmación que, para el caso de los países iberoamericanos, ésta se realizaría en el futuro. Por el contrario, enfatizó la importancia del pasado como su principal patrimonio y, así, afirmó:

América tiene otra obligación que puede traicionar o cumplir, y es aquí donde se juega su destino. Los países de América, en su división política actual o, para el caso, en cualquier otra división, tienen que llevar consigo su pasado, sea o no glorioso, porque, como parte integral de su cultura tienen que tenerlo en cuenta cuando tratan de alcanzar un sistema de vida auténtico y de crear una cultura a fin de conservar lo que han heredado.¹³

En síntesis, O'Gorman no compartió la tesis de una historia que encontraba su sentido en la unidad americana, el destino compartido, piedra fundamental de la política exterior estadounidense durante todo el siglo XIX.

En lo que se refiere a una segunda réplica que marca la influencia de Bolton, corresponde al Programa de la Historia de América. Un conspicuo miembro de este proyecto, don Silvio Zavala, muchos años más tarde, en la introducción de su conocido libro intitulado *El mundo americano en la época colonial*, investigación vinculada a la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, expresó su punto de vista con claridad meridiana. Por la amplitud del comentario, así como la importancia de las ideas que en ella se manejan, éste se recupera íntegramente:

Desde hace varias décadas, los estudiosos de la historia regional del hemisferio americano han acostumbrado iniciar sus obras con una discusión en torno a la unidad o la diversidad que les parece posible

¹³ *Ibíd.*, p. 120.

descubrir en el desarrollo de las historias de los pueblos que en él se han constituido.

En el lenguaje del historiador suele transparentarse una profesión de fe a favor de una u otra de esas tesis.

A esta primera declaración sigue usualmente una segunda en la que historiador resuelve si la unidad, en el caso de que haya admitido alguna, tiene sus orígenes en Europa o en América.

Antes de seguir por este camino, añadiendo nuestra propia confesión a las anteriores, quisiera recordar que los argumentos principales que conciernen a este debate han sido expuestos ampliamente por mentes agudas.

El presente estudio nos conduce a pensar que andaríamos por vía más segura si, en lugar de repetir la sentencia rotunda acerca de la unidad o la diversidad que pueda haber en el desarrollo de las historias de los pueblos americanos, reconociéramos que el pasado de América contiene buen número de unidades y diversidades, precisamente así en plural; que esas unidades y diversidades tienen orígenes varios, siguen direcciones distintas y cambian al correr del tiempo.¹⁴

La postura de don Silvio Zavala acogió, en forma salomónica, lo único y lo múltiple; para él no existía contradicción; pero, en última instancia, se rehusó a aceptar que las distintas unidades que conforman el hemisferio americano tuvieran un mismo destino.

La tercera réplica sobre el gran desafío que representaba escribir una historia regional, corresponde a Don David Brading en quien, a manera de breve comentario en el que se advierten ecos de la polémica Bolton-O’Gorman, señaló en el prólogo de su libro *Orbe Indiano* lo siguiente:

[...] el propósito de este libro es demostrar que, por mucho que la América española dependiera de Europa en materia de formas de arte, literatura y cultura general, sus cronistas y patriotas lograron crear una tradición intelectual que, por razón de su compromiso con la experiencia histórica y la realidad contemporánea de Améri-

¹⁴ ZAVALA, Silvio, *El mundo americano en la época colonial*, Editorial Porrúa, Biblioteca Porrúa Historia, 39 y 40, México, 1967, 2 vols., I, p. XIII.

ca, fue original, idiosincrásica, compleja y totalmente distinta de todo modelo europeo.¹⁵

En estas palabras del célebre historiador inglés, si bien acepta lo indisoluble de la relación Europa-América, señala que la cultura y la historia de ésta son distintas a las europeas, por lo que la unidad de destino es una propuesta que contraviene el desarrollo seguido por la historia de los países americanos.

El fin de la Segunda Guerra Mundial, en el momento en el que se sentaron las bases del nuevo orden internacional, significó para los estudiosos latinoamericanos de la historia el abandono de las preocupaciones teóricas sobre la unidad americana y una mayor atención a las nuevas demandas resultantes del desarrollo social y económico alcanzado entre la crisis del '32 y el fin de la mencionada guerra. La unidad americana, tema central del discurso regional de Bolton y compañeros, se transformó en unidad atlántica y con ésta las diferencias entre las Américas volvieron a ser acentuadas. Si bien la noción de convergencia siguió siendo el eje interpretativo, ésta se aplicó primero a la relación entre los pueblos anglosajones ubicados en los extremos del Atlántico y, por razones ideológicas, después se extendió a lo que se denominó como comunidad atlántica; con ésta, la divergencia entre Anglo América y Latinoamérica volvió a mostrarse como evidente.

Las posturas sobre la diversidad y la unidad, bien definidas hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, al final de ésta se desdibujaron. El proyecto de Bolton ya había ofrecido sus principales frutos y preocupaciones distintas aparecieron. En una segunda etapa de la historiografía regional los Estados Unidos pasaron a encarnar, para muchos historiadores latinoamericanos, no sólo una nueva forma de colo-

¹⁵ BRADING, David, *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991, p. 15.

nialismo, sino la fase superior de éste, es decir, el imperialismo. La historiografía del periodo que va de 1963 a 1990 manejó las relaciones entre las distintas partes de la región bajo la figura de conflicto, no de integración. Para la historiografía del periodo, los Estados Unidos sólo representaron el relevo del colonialismo, no su fin. Lo que ocurrió en la década de los años sesenta del siglo pasado tiene mucha importancia para nuestra comunidad, reitero, porque explica el contexto que ha determinado su desarrollo. Sin embargo, debemos enfocar, asimismo, otro tipo de antecedentes, igualmente importantes.

La nueva organización del conocimiento que requerían las necesidades de la nueva potencia mundial, a principios de la Guerra Fría, se expresó a través de los, así llamados, Estudios de área, (*Area studies*), o estudios aplicados que requerían la participación de varios especialistas en diversas disciplinas (historia, ciencia política, antropología, sociología, lingüística, etc.). Con los estudios de área se impusieron a los historiadores nuevas exigencias. Lo que éstos habían considerado previamente un territorio exclusivo, les fue disputado por los científicos sociales, en particular por los politólogos, los sociólogos y los economistas. Este contexto es el que explica la difusión de las posturas de autores como E. H. Carr y Fernand Braudel, entre otros. Ellos argumentaban que era necesario que la historia aceptara un diálogo con las ciencias sociales. En el caso de los Estudios Latinoamericanos la decisiva influencia de autores como Rostow, para la historiografía económica, así como de Weber y Marx en la sociología histórica, muestra que nuevos vientos soplaban en los viejos salones de la historia tradicional.

Pese al nuevo derrotero impuesto por las ciencias sociales a la historia, de manera inopinada, la influencia de Bolton se hizo patente en la nueva división del mundo. La Organización de las Naciones Unidas es un referente que muestra la

necesidad de estudiar el mundo mediante la categoría de región, no de nación.¹⁶ La Comisión Económica para la América Latina, la CEPAL, fundada en 1948, ofreció en célebre documento la explicación de la región y su inserción global en términos económicos.

Al fin de la Segunda Guerra el mundo académico estadounidense fue convocado para articular un nuevo discurso en el que el Hemisferio americano y su singularidad de destino no fue más la piedra fundamental en la que se basó la política exterior estadounidense. Atrás quedó el problema de la unidad hemisférica y se hizo necesario acudir a la noción de diversidad o, mejor dicho, a los historiadores estadounidenses se les encomendó en el contexto del máximo poderío estadounidense encontrar la unidad en el marco de la comunidad atlántica, en obvio desmedro de la hemisférica que, en el nuevo contexto, se consideraba inservible. Un ejemplo, lo representa el texto de Arthur Whitaker “Las Américas en el Triángulo Atlántico”;¹⁷ en éste Whitaker desarrolló la idea de una figura geométrica en la que sus tres ángulos correspondían respectivamente a la América Latina, la América Inglesa y a Europa. No es este el lugar para hacer una exposición detallada de dicha tesis; nuestra intención sólo persigue dejar claro que la historia de América, como conocimiento aplicado, sufrió un giro radical cuando la revolución cubana adoptó la vía del socialismo. Este acontecimiento fue la causa de que en Estados Unidos se dieran a la búsqueda de un nuevo esquema interpretativo en el que, por vez primera, fueron las ciencias sociales y no la historia las que ocuparon un lugar predominante. El reporte editado por Charles Wagley como

¹⁶ STEWART, Julian H., *Teoría y práctica del estudio de áreas*, Unión Panamericana, Oficina de Ciencias Sociales, Departamento de Asuntos Culturales, Manuales Técnicos, II, Washington D.C., 1955.

¹⁷ WHITAKER, Arthur P., “Las Américas en el triángulo atlántico”, en HANKE, *¿Tienen?*, 1966, p. 155.

resultado de un seminario sobre los Estudios Latinoamericanos, en los Estados Unidos, es una muestra palpable.¹⁸

La historiografía sobre América Latina sufrió una transformación radical a principios de la década de los sesenta cuando Fidel Castro, después de subir al poder, declaró su intención de establecer el socialismo en Cuba. Thomas Skidmore, por ejemplo, recuerda que a partir de ese momento la agenda gubernamental estadounidense colocó en primer plano, por vez primera durante la Guerra Fría, la atención en sus vecinos del Río Bravo. En esa circunstancia, nos recuerda ese autor, “los temas de interés central para el gobierno de los Estados Unidos así como para la más amplia opinión pública de ese país, incluían el papel de los militares y los comunistas en la región”.¹⁹ Si esto ocurría al otro lado de la frontera, en nuestro medio, los latinoamericanistas de aquella época entendieron, a través de los textos de Andrew Gunder Frank, sociólogo reconvertido en historiador, al colonialismo ibérico como la cuna de la dependencia latinoamericana; asimismo interpretaron al colonialismo anglosajón como la cuna del subdesarrollo regional. Otro sociólogo, también con preocupaciones de historiador, don Pablo

¹⁸ WAGLEY, Charles (ed.), *Social Science Research on Latin America. Report and papers of a seminar*, Columbia University Press, New York & London, 1964. Uno de los capítulos que contiene el texto es STEIN, Stanley J., “Latin American Historiography. *Status and research opportunities*”, pp. 86-124. En éste se afirma: “Thus, the Latin American historian must undertake that reinterpretation every generation of historians faces, he must re-examine prejudices, premises, hypotheses, implicit or explicit, in the light of unfolding reality. He may do this an individual scholar, ready to turn to the resources of allied disciplines when necessary, or as participant in a research team”, p. 114. En la cita ya están presentes dos grandes tópicos de los Estudios latinoamericanos: el de la vinculación de las disciplinas sociales y la historia, y el trabajo en equipo.

¹⁹ SKIDMORE, Thomas, “Studying the history of Latin America: A Case of Hemispheric Convergence”, en *Latin American Research Review*, vol. 33, 1, 1998, p.110.

González Casanova, coordinó un esfuerzo multinacional y multidisciplinario para ofrecer una visión de la historia latinoamericana del siglo XX.²⁰

El multicitado texto *¿Tienen las Américas una historia común?* sirve para ilustrar la reacción que tuvo la academia estadounidense al hecho de que a partir de abril de 1961 el fantasma del socialismo había encarnado en una isla del mar Caribe. La Guerra Fría y su forzada interpretación de nuestra realidad mostró que la influencia europea sobre la comunidad del hemisferio americano era una cosa del pasado, y que en ese presente uno de los extremos de Occidente, la URSS, tocaba a Latinoamérica que representa el otro. En este contexto surgieron nuestros Estudios Latinoamericanos y, por eso, no es casual que la teoría de la dependencia, vigente en ese momento, fuera la viga maestra que apuntaló los estudios historiográficos y los sociológicos de aquellos días.

En los debates historiográficos correspondientes a las décadas posteriores a los años sesenta, de los que son muestra textos de Thomas Skidmore y Alan Knight, así como el editado por V. Vázquez de Prada e Ignacio Olabarri y, en el caso de los propios latinoamericanos los de Tovar Zambrano y Sosa-Connaughton, así como en los útiles ensayos bibliográficos de la *Historia de América Latina* coordinada por Leslie Bethell, se ha realizado un notable esfuerzo para distinguir las líneas y enfoques que han dominado la producción historiográfica del último medio siglo.²¹ En esta etapa,

²⁰ GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (ed.), *América Latina en los años treinta*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, México, 1977 y GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (coordinador), *América Latina, historia de medio siglo (1925-1975)*, Siglo Veintiuno Editores, México, Vol. I, 1977; Vol. II, 1981.

²¹ KNIGHT, Alan, "Latin America", en BENTLEY, Michael (ed.), *Companion to historiography*, Routledge, Routledge World Reference, London and New York, 1997, pp. 728-758; VÁZQUEZ DE PRADA, V. e IGNACIO OLABARRI (eds.), *Balance de la historiografía sobre Iberoamérica (1945-1988)*, IV

los análisis europeos y estadounidenses, que muchos estudiosos ven con suspicacia porque no recogen los desafíos que, en la región, los nuevos problemas plantearon a la historia tradicional. Este tipo de análisis no encuentra aplicación puntual en la región porque responden más bien a otras preocupaciones y no a las que efectivamente privaron en nuestro medio.

En algunos de los trabajos mencionados se advierten claramente varios significados de historia, así como diferentes usos políticos y cómo a través de éstos las posiciones ideológicas intervinieron en la producción historiográfica de la segunda mitad del siglo XX de América Latina. Empero este tópico es una asignatura pendiente que requiere trabajarse en forma sistemática.

Del mismo modo que en los textos mencionados se destacaron ciertos temas, otros se hicieron notar por su ausencia. Los textos de los historiadores latinoamericanos en los estudios historiográficos internacionales especializados en América Latina permanecen en un cono de sombra ya por razones disciplinarias, ya por otros motivos. La ausencia es notable porque si bien, en muchos casos, los textos no cumplen con los cánones disciplinarios, en cambio era posible encontrar en ellos intentos sistemáticos por reinterpretar el pasado.

En los días que corren las posiciones vuelven a ser semejantes a las de la época de Bolton; a diferencia de lo que ocurrió a consecuencia de la crisis del '29 y que sirvió para darle

Conversaciones Internacionales sobre Historia, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona, 1989; TOVAR ZAMBRANO, Bernardo, *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, Editorial Universidad Nacional, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Historia, Bogotá, 1994, 2 vols.; SOSA, Ignacio y Brian CONNAUGHTON (eds.), *Historiografía latinoamericana contemporánea*, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, México, 1998.

un renovado impulso al desprestigiado panamericanismo, hoy todavía no aparece el texto que exprese lo que debe entenderse por la historia de la globalización; sin embargo, de acuerdo al paradigma de la globalización, la idea de un modelo único para América Latina subyace en las propuestas de los organismos internacionales. Como atisbo de lo que sucederá ya puede mencionarse que por necesidades políticas se hará necesario volver a la idea de una historia común, es decir, unitaria, a todos los países hemisféricos. La importante serie de textos publicado bajo el sello del Fondo de Cultura Económica y bajo los auspicios del Fideicomiso Historia de las Américas, así permite suponerlo.²² El texto que pueda representar la antítesis todavía no aparece; sin embargo, por las tendencias que actualmente privan en Sur América, la espera no será larga.

Bibliografía

BARRACLOUGH, Geoffrey, *La historia desde el mundo actual*, Revista de Occidente, Madrid, 1957.

_____, “La pugna por el Tercer Mundo”, en *Revista de Occidente*, No. 1, 1980, Madrid.

_____, “Historia”, en FREEDMAN, Maurice, Sigfried J. de LAET y Geoffrey BARRACLOUGH, *Corrientes de la investigación en las Ciencias*

²² En palabras de la Presidenta del Fideicomiso Historia de las Américas éste, “nace de la idea y la convicción de que la mayor comprensión de nuestra historia nos permitirá pensarnos como una comunidad plural de americanos al mismo tiempo unidos y diferenciados. La obsesión por definir y caracterizar las identidades nacionales nos han hecho olvidar que la realidad es más vasta, que supera nuestras fronteras, en cuanto ella se inserta en procesos que engloban al mundo americano, primero, y a Occidente, después”. Estas palabras corresponden a la presentación del texto CARMAGNANI, Marcello (coord.), *Federalismos latinoamericanos. México/Brasil/Argentina*, Fondo de Cultura Económica/Colegio de México, México, 1996, p. 7.

Sociales, Tomo 2, *Antropología, Arqueología, Historia*, Tecnos / Unesco, Madrid, 1981.

_____, *Introducción a la Historia contemporánea*, Editorial Gredos, Madrid, 1985.

BENTLEY, Michael (ed.), *Companion to historiography*, Routledge, Routledge World Reference, London and New York, 1997.

BOLTON, Eugene Herbert, *Guide to Materials for the History of the United States in the Principal Archives of Mexico*, Carnegie Institution of Washington, Publication No. 163, Papers of the Department of Historical Research, Washington D.C., 1913, 553 pp.

_____, *Athanas de Mézières and the Louisiana-Texas Frontier, 1768-1780. Documents Pub. for the First Time, from the Original Spanish and French Manuscripts, Chiefly in the Archives of Mexico and Spain*, Arthur H. Clark Company, Cleveland, 1914.

_____, "The Epic of Greater America", *American Historical Review*, Vol. XXXVIII, No. 3, April, 1933, pp. 448-474. Texto en castellano: BOLTON Herbert E, "La Epopeya de la Gran América", en HANKE *¿Tienen?*, 1966.

BRADING, David, *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.

CARMAGNANI, Marcello (coord.), *Federalismos latinoamericanos. México/Brasil/Argentina*, Fondo de Cultura Económica / Fideicomiso Historia de las Américas / Colegio de México, México, 1993.

CHAUNU, Pierre, *El rechazo de la vida. Análisis histórico del presente*, Espasa-Calpe, Colección Boreal 14, Madrid, 1978.

GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (ed.), *América Latina en los años treinta*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, México, 1977.

GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (coordinador), *América Latina, historia de medio siglo (1925-1975)*, Siglo Veintiuno Editores, México, Vol. I, 1977; Vol. II, 1981.

HANKE Lewis (ed.), *¿Tienen las Américas una historia común? Una crítica a la teoría de Bolton*, Diana, México, 1966.

KNIGHT, Alan, *La Revolución Cósmica. Utopías, regiones y resultados (México 1910-1940)*, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Cátedra Alfonso Reyes, México, 2013.

KNIGHT, Alan, "Latin America", en BENTLEY, *Companion*, 1997, pp. 728-758.

MORALES MORENO, Luis Gerardo (coord.), *Historiografía, territorio y región*, Tomo I, en CRESPO, Horacio (dir.), *Historia de Morelos. Tierra, gente, tiempos del Sur*, H. Congreso del Estado de Morelos /Universidad Autónoma del estado de Morelos/Ayuntamiento de Cuernavaca/Instituto de Cultura de Morelos, Cuernavaca, 2011, 9 vols.

MORENO FRAGINALS, Manuel, "La historia como arma", *Casa de las Américas*, año VII, núm. 40, enero-febrero 1967, La Habana, pp. 20-28.

O'GORMAN, Edmundo, "Hegel y el moderno panamericanismo", en *Letras de México*, vol. II, núm. 8, agosto de 1939, publicado antes en la *Revista de la Universidad de La Habana*, IV, núm. 22, 1939.

_____, *Fundamentos para la historia de América*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1942.

_____, "¿Tienen las Américas una historia común?", en *Filosofía y Letras*, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, vol. III, núm. 6, abril-junio 1942.

SKIDMORE, Thomas, "Studying the history of Latin America: A Case of Hemispheric Convergence", en *Latin American Research Review*, vol. 33, 1, 1998, pp. 105-127.

SOSA, Ignacio y Brian CONNAUGHTON (eds.), *Historiografía latinoamericana contemporánea*, Universidad Nacional Autónoma de

México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, México, 1999.

STEIN, Stanley J., "Latin American Historiography. *Status and research opportunities*", en WAGLEY, *Social*, 1964, pp. 86-124.

STEWART, Julian H., *Teoría y práctica del estudio de áreas*, Unión Panamericana, Oficina de Ciencias Sociales, Departamento de Asuntos Culturales, Manuales Técnicos, II, Washington D.C., 1955.

VÁZQUEZ DE PRADA, V. e Ignacio OLABARRI (eds.), *Balance de la historiografía sobre Iberoamérica (1945-1988)*, IV Conversaciones Internacionales sobre Historia, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona, 1989.

WAGLEY, Charles (ed.), *Social Science Research on Latin America. Report and papers of a seminar*, Columbia University Press, New York & London, 1964.

WHITAKER, Arthur P., "Las Américas en el Triángulo Atlántico", en HANKE, *¿Tienen?*, 1966.

ZAVALA, Silvio, *El mundo americano en la época colonial*, Editorial Porrúa, Biblioteca Porrúa Historia, 39 y 40, México, 1967, 2 vols.